

Kiran Millwood Hargrave

bam
bú

*ilustraciones de
Tom de Freston*



LEILA
Y LA
ZORRA
AZUL

Traducción de Patricia Mora



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2022
por Hodder & Stoughton Limited
Título original: *Leila and the Blue Fox*

© 2022, Kiran Millwood Hargrave, por el texto
© 2022, Tom de Freston, por las ilustraciones
© 2024, Patricia Mora, por la traducción
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-8343-987-6
Depósito legal: B-11753-2024
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Calle D, 36 Sector C, 08040 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribu-
ción, comunicación pública o transforma-
ción de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Re-
prográficos, www.cedro.org) si necesita foto-
copiar o escanear algún fragmento de esta
obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

*Para los niños que se ven obligados
a abandonar sus hogares y crear uno nuevo...
Esperamos que os sintáis acogidos y queridos.*

*Y para nuestros sobrinos, a los que tanto
adoramos: Tilly, Fred, Leo, Emily, Pippa,
Isla, Ted, Albie y Lily.*



**BASADA EN LA HISTORIA REAL
DE ANNA, LA ZORRA ÁRTICA
QUE CRUZÓ UN CONTINENTE**

«Todos estamos conectados más allá de las fronteras...

Por muchos muros que se levanten.

Porque, verás, las historias son como superhéroes,
capaces de atravesar las paredes».

- *Elif Shafak, escritora*

Los inuit la llaman *tiriganiarjuk*, «la pequeña blanca», a pesar de que su pelaje es de un oscuro gris azulado como el hielo más denso, como las rocas que inspecciona en busca de comida. Los científicos que la siguen la llaman Miso, porque es un nombre dulce pero ingenioso y creen que tiene una cara dulce pero ingeniosa. Nosotros la llamamos zorra porque esa es la palabra en nuestro idioma, pero ella no es solo zorra, ni *tiriganiarjuk*, ni Miso.

Ella es las patas de pelaje grueso que le permiten desplazarse por las tierras más frías. Ella es las orejas que se mecen y captan al bacalao que se mueve en los cauces bajo la nieve y el hielo. Ella es el equilibrio con el que trepa a los acantilados más empinados en busca de huevos y nidos. Ella es aullidos, ladridos, dientes y un estómago de hambre voraz. Ella es todas las necesidades para las que no tiene nombre pero que la impulsan como un imán hacia el norte. Ella es todas esas cosas, y más, y solo ella misma.





UNO

«Míralos a los ojos, pero no fijamente, no parpadees demasiado, sonríe, pero no con los dientes, sino con los ojos, pero no los entrecierres.»

Leila repasa mentalmente las instrucciones de Mona; se las había repetido tantas veces que oía en su interior la cadencia de las palabras de su prima mayor, el atisbo de pánico en su voz a pesar de que trataba de no mostrarlo. Sin embargo, el rostro del espejo no hace lo que le ha pedido. Parece exhausta, y la mujer que está en el lavabo de al lado empieza a mirarla con extrañeza, lavándose las manos más tiempo del necesario.

El olor del jabón del aeropuerto es demasiado dulce y, mezclado con el hedor químico del váter, hace que a Leila se le revuelva el estómago. Debería haberse comido el plátano que Mona le obligó a llevarse. La mochila pesa mucho, y algo duro se le clava en los riñones.

Había metido todo de cualquier manera después de que el hombre de seguridad terminara de revisar su equipaje, consciente de la acompañante que la esperaba, de la gente que la observaba al pasar a su lado. Ya llamaba la atención de por sí, lo sabía. No había más niños que viajasen solos. No había más niñas de cabello oscuro y piel ligeramente morena. A ninguno de los presentes les había enseñado su prima cómo mirar al agente de inmigración.

Leila abandona los ensayos para mejorar su expresión y endereza la mochila.

«Míralos a los ojos, pero no fijamente.»

A la mujer del jabón le vendría bien el consejo de Mona. Leila se gira y le devuelve la mirada. La mujer se ruboriza, las mejillas pálidas se le colorean y, antes de perder los estribos, la niña sale a zancadas del baño sintiéndose más alta.

No le dura más que unos cuantos pasos. Se topa rápidamente con la acompañante de vuelo, de la que mana un aroma a perfume dulzón.

–¡Ups! –suelta la mujer, que está bronceada, es delgada y rubia y se llama Fiona. Esta, que va vestida con una falda de tubo tan ajustada que le chocan las rodillas, lleva unos tacones que repiquetean sobre la superficie brillante del suelo del aeropuerto y parece pensar que hablar con una niña de doce años es lo mismo que con una de seis–. ¿Todo bien? ¿Te has lavado las manos?

Leila ni siquiera se digna a darle una respuesta. La sonrisa de Fiona titubea.

–Estupendo. –La mujer le da una palmadita en la cabeza–. ¿Lista? Por aquí.

Leila trata de tragar el nudo que se le forma en la garganta cuando se acercan a los carteles, escritos en un noruego que tan poco familiar le resulta, y en los que abajo, en cursiva, se lee: «Inmigración». Fiona se desvía de las cortas colas de llegadas «nacionales e internacionales» y «Schengen y doméstico» hacia un estrecho pasillo encajado junto a la pared. Un hombre de ojos cansados está sentado en un mostrador bajo el letrero de

Otros.

A Leila no le sorprende ver esta palabra: es como se ha sentido desde que se marchó de la casa adosada de su tía en Croydon.

Se acercan al hombre, el último obstáculo de este viaje que lleva meses gestándose. Es un guardián de lo más decepcionante.





Ringvassøya
Rånes

Tromsø

Kvaløya

Sällir

Vannøya

Rebbenesøya

Reinøya

Vengsøya

Tromsøya

Norsfjordbotn

Breivikeidet

Sandnesshamn

Sorbotn

Slettnes

Kantornes

Gilbstad

Skutvika

Vassstrand

Langliund

Sjøtun

Andersdal

Arnes

Sarastenen

Rosshord

Helland

Skitind

Skognesbukta

Synnørdra

Stor Rieppfjell

Malha

Stor Rieppfjell

Rosshordstraumen

Stor Rieppfjell

Skitind

Skognesbukta

Synnørdra

Stor Rieppfjell

Malha

Stor Rieppfjell

Rosshordstraumen

Stor Rieppfjell

«Míralos a los ojos, pero no fijamente, no parpadees demasiado.»

El mostrador es más alto que Leila. Solo puede ver la parte superior de la frente del hombre, donde nace su pelo canoso. Este se inclina ligeramente hacia delante y le extiende una mano. Leila se resiste al absurdo ímpetu de dársela.

–Pasaporte –le indica Fiona, sonriendo con todos los dientes al agente de inmigración.

Leila maldice para sí, imaginándose a Mona poniendo los ojos en blanco. «Ten el pasaporte a mano», le había dicho. Por eso mismo había ido Leila al baño en realidad, para respirar hondo unas cuantas veces, practicar su expresión facial y asegurarse de que tenía el pasaporte a mano. Pero la mirona la había descolocado, y ahora nota que le sudan las manos cuando desliza la mochila de su espalda para rebuscar en su interior.

Las manos palpan el plátano, reblandecido por llevar tanto tiempo en la mochila. Sabe que lo está embadurnando todo: el libro y el móvil y los auriculares de Mona, y empieza a entrar en pánico, tratando de recordar el último lugar en el que vio el pasaporte. ¿Se lo habría dejado en la bandeja de plástico cuando el hombre poco sonriente revisó su mochila?

–¡Ups! –ríe Fiona, blandiendo el librito azul–. ¡Olvidé que me lo habías dado a mí!

Mientras le da el pasaporte al agente, Leila se obliga a tragarse las lágrimas. «Todo va bien», le dice a su corazón desbocado. Se agacha para cerrar la cremallera de su mochila, se enjuga el rostro rápidamente y nota que unos restos pegajosos de plátano se posan sobre su mejilla. Antes de que pueda lim-

piarlos, Fiona retrocede un par de pasos para que el hombre pueda comparar la foto con su cara.

«Míralos a los ojos, pero no fijamente, no parpadees demasiado.» Pero Leila está parpadeando, a toda velocidad, para intentar mantener a raya las lágrimas. Se clava las uñas en la palma de la mano mientras el hombre la observa. Empieza a formarse un nudo más y más grande en su garganta, le dificulta la respiración. Detesta esto, todo esto. Detesta haberse despedido de Mona y de su tía en el aeropuerto, volar con ese aire seco y artificial, y a Fiona, demasiado callada y sonriente. Detesta al hombre que revisó su mochila, a la mujer que se le quedó mirando, y el plátano, y a este hombre que la observa como si fuera...

Pero ahora ya está mirando su pasaporte. Sus manos siguen un movimiento practicado: coge un sello, levanta, baja, un chasquido satisfactorio, luego le devuelve el pasaporte, no a Fiona, sino a ella.

–Bienvenida a Tromsø –anuncia en un tono rítmico y aburrido.

Leila coge el librito azul. Ha sido fácil, ya ha pasado. La parte que más miedo les daba a ella y a Mona. La parte con la que ha tenido pesadillas, llenas de salas blancas y mesas atornilladas al suelo. Se acabó. Leila se limpia el plátano de la cara con la manga. Casi se siente mareada del alivio mientras sigue a Fiona hacia la cinta transportadora por la que ya están girando las maletas.

–¿Todo bien? –pregunta esta. Leila empieza a pensar que es posible que sí.

Entonces deja escapar el aire lentamente. Es agotador estar mentalizándose todo el tiempo, contra las miradas, los comen-

tarios puntuales. Hasta en el colegio, donde hay otras chicas de Oriente Medio, donde hay más sirias. Todo hace que los momentos como los del agente de inmigración desviando la mirada sean el mayor de los alivios. Si no puede ser invisible, al menos quiere encajar.

Su equipaje, una maleta reventada que le ha prestado su tía, su *amma*, llega por un lado. Leila reprime una carcajada cuando ve a Fiona con su falda de tubo tambaleándose por el peso de la maleta mientras la empuja sobre unas ruedas chirriantes.

–Será mejor que te pongas el abrigo –le advierte Fiona–. El calor noruego es menos cálido de lo que estás acostumbrada.

Leila supone que lo dice en comparación con Inglaterra, lo cual no es mucho consuelo. No recuerda gran cosa de su patria anterior, y Mona no quiere hablar del tema. Amma rememora en ocasiones los mercados al cálido aire libre, las montañas de frutas de las que solo conoce el nombre en árabe, el piso con aire acondicionado en todas las habitaciones y alfombras tejidas a mano que tuvieron que dejar atrás. Basbousa, el gato que su tía y su madre siguen llorando, dejado a cargo de un vecino que ya no tiene electricidad ni agua caliente. Todos esos recuerdos están hechos de la misma materia que los sueños, de los que se van desvaneciendo cuando se habla de ellos.

–¡El abrigo! –repite Fiona–. Póntelo, venga.

Leila desabrocha el cinturón que rodea la maleta y abre la cremallera del compartimento delantero. Mona le había hecho el equipaje con mucho mimo, pensando en todo, incluso enrollándole el abrigo con la capucha por encima, para que pudiera sacarlo y ver cómo se desenrollaba como una bandera. Se lo pone y, de inmediato, siente que llama menos la atención dentro de

la chaqueta de color morado oscuro, evidentemente heredada de su prima, pero en este caso como nueva, excepto por un descosido en el bolsillo izquierdo que Leila suele reabrir cuando se pone especialmente nerviosa.

Lo comprueba: Mona lo ha cosido de nuevo con puntadas fuertes. Debe de ser la única chica de diecisiete años que sabe zurcir. Los dedos de Leila acarician un plástico arrugado y sonrío para sí. Mona le ha escondido en el bolsillo unos Werther's Original, sus envolturas doradas son como un tesoro. Es como un apretón en la mano que significa: «Tú puedes».

–¡Vamos! –dice Fiona con demasiada ilusión–. ¡Ya casi estamos!

Parece cansada, y la niña entiende que quiere desembarazarse de ella. Leila empuja a su paso la maleta de ruedas chirriantes y, hasta que no se acercan al último par de puertas automáticas, no se atreve a pensar en el motivo principal por el que su estómago está hecho un manojo de nervios. Y es que al otro lado de esas puertas se encuentra la razón de la solicitud del visado de docenas de páginas, el ensayo de expresiones faciales, el viaje, todo. Al otro lado de esas puertas se encuentra mamá.

Leila se muerde el labio mientras sigue a Fiona a una sala de llegadas de paredes de cristal. El corazón está a punto de salirsele del pecho y retumba en algún lugar junto a sus oídos. Tiene calor, nota las manos torpes y se pregunta, ya demasiado tarde, si debería haber ensayado también para este momento. Pasa la vista por la multitud de desconocidos. Todo el mundo es blanco y alto.

Mamá no está allí.

Leila detiene su paso, pero Fiona dice: «Ya hemos llegado», y se encamina taconeando hacia una mujer blanca con una chaqueta acolchada verde que sostiene un cartel escrito a mano. Este reza: «Leila Saleh». La niña no sabe quién es esa persona. Siente que está en lo alto de un acantilado y que el estómago le va en caída libre. Mamá no está allí. Es evidente que esta mujer ha venido a recogerla. La decepción que siente en el pecho no tarda en avivarse hasta convertirse en rabia.

Seis años. La mayoría de las madres no podrían esperar ni un momento, ni un segundo más. Lo sabe por Amma, por todos los padres de sus amigos que se arremolinan en la puerta del colegio y sonrían en cuanto ven a sus hijos. Los echan de menos en solo seis horas, imagina en seis años. Pero mamá ha enviado... ¿a quién? A una desconocida.

Leila se cuadra de hombros. ¿Por qué debería importarle, si a su madre es evidente que le da lo mismo? Fiona le indica que se acerque con cierta exasperación. Leila la sigue.



DOS

–Soy Liv –dice la mujer en tono amable. Su voz tiene un leve acento, y sonrío ampliamente enseñando unas paletas torcidas. La voz de Leila se le queda atrapada en la garganta, pero consigue devolverle una débil sonrisa a modo de saludo–. Es un placer conocerte, Leila. Soy amiga de tu madre. Trabajamos juntas. Me ha pedido que te lleve a casa sana y salva.

El estómago de Leila vuelve a dar un vuelco. A casa. La casa de mamá sin ella.

–Solo tenemos que esperar a... ¡Ah, ahí está!

Liv empieza a saludar con entusiasmo por encima del hombro de Leila, y esta se da la vuelta para ver a una niña de espesa cabellera rubia que se acerca, con una bolsa de viaje sobre el hombro. Liv le da un abrazo con una sola mano.

–*Jenta mi!* ¡Qué alta! ¿El vuelo ha ido bien?

–*Ja* –suspira la chica, que se zafa de ella y le dedica a Leila una sonrisa triste.

–Cambia el idioma, *jenta mi* –la reprende burlona Liv–. Como ves, tenemos compañía. –Sonríe de lado a Leila, que quiere que se la trague la tierra–. Leila, esta es Britt, mi hija. –Liv pellizca la mejilla de la recién llegada, mirándola con un orgullo tan evidente que hace que Leila se sienta vacía por dentro–. Viene de su instituto, en Bergen. Aquí tienes una buena amiga durante tu visita.

Leila mira de reojo a Britt, que no parece horrorizada ante la sugerencia de una amistad. Una sensación de alivio crece en su interior.

–Tu madre quería venir, de verdad –dice Liv, que ya empieza a encaminarse hacia la salida. Leila abre la boca para decirle adiós a Fiona, pero esta ya se ha marchado taconeando–. Hemos solicitado una financiación de emergencia y, como ella es la directora, no podía faltar. Pero se reunirá con nosotras para la cena.

¿Nosotras? Entonces su madre no solo había enviado a una desconocida, sino que esperaba que Leila pasase varias horas con ella y su hija. Aprieta la mandíbula mientras sigue a Liv por las puertas giratorias y hacia el exterior. En cuanto pone un pie en el umbral, nota que el aire gélido la succiona, siente el frío cristal bajo la punta de los dedos. Fiona tenía razón: el clima aquí es más duro, el sabor del hielo se queda pegado a la garganta.

–He aparcado aquí mismo –dice Liv sin aminorar el paso–. En coche llegaremos enseguida. ¡Vamos a ir bajo el mar! Tromsø es una isla, ¿lo sabías?

Leila asiente, aunque no lo sabía. No había buscado Tromsø en internet, ni había leído la guía que mamá le había enviado a Amma, ni había hecho nada que pudiera gafar el viaje, por fin,

al sitio en el que vivía su madre. El sitio por el que había abandonado Inglaterra y a su hija.

Britt se queda atrás y le da un codazo a Leila.

–Es un poco pesada, pero es buena gente. Tromsø no está mal, sobre todo en verano.

La primera impresión de Leila no es muy buena. El cielo parece más bajo de lo normal, como si fuera una mano presionando hacia la tierra, y el sol está detrás de tantas nubes que todo parece tenue y sumergido bajo el agua.

–Ya estamos –sonríe Liv, que abre el coche y el maletero. Leila pone unos ojos como platos cuando ve cadenas (cadenas de verdad) ahí guardadas. Unas cadenas fuertes, pesadas, de aspecto medieval. Empieza a pensar a toda velocidad. ¿Es una trampa? ¿Están a punto de secuestrarla?

–Son para la nieve –explica Britt, que debe de haberse dado cuenta de la consternación de Leila–. Para las ruedas.

Liv las aparta con un gruñido y coloca la maleta de Leila al lado.

–Nunca me acuerdo de sacarlas y, cuando lo hago, ¡ya es el momento de volver a ponerlas!

–Estamos a principios de verano, mamá –suspira Britt–. Si las sacas ahora, tardarás meses en volver a necesitarlas.

–Mi *lillemor* –responde Liv, desordenando el pelo de Britt.

–«Pequeña madre» –traduce la chica, y suelta su bolsa de viaje sobre las cadenas–. Es típico de noruega.

–Es típico en ti –repite Liv, que se sube al asiento del conductor–. No he conocido a una niña tan vieja en mi vida. Te juro que nació recordándome que nos estábamos quedando sin leche.



–No habría tenido que recordártelo si tú no lo hubieses olvidado –argumenta Britt, y Leila percibe que el ambiente ha cambiado entre ellas.

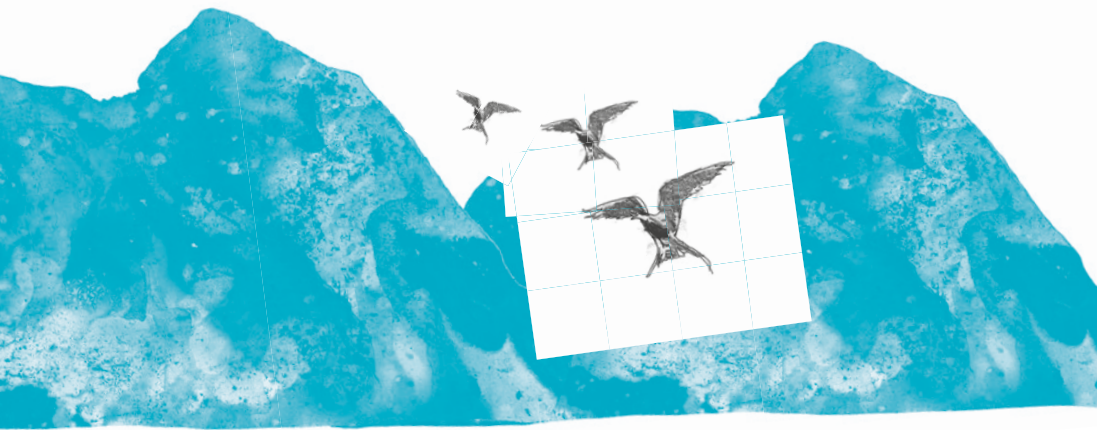
La niña vacila, demasiado tímida para abrir la puerta del coche, pero Britt lo hace por ella y echa el respaldo hacia delante para sentarse en el asiento trasero, lo que deja a Leila con la incómoda obligación de sentarse delante. Desde el espejo retrovisor, ve que Britt se queda mirando fijamente por la ventana con los brazos cruzados.

–¡Cinturones! –exclama Liv con un atisbo de su alegría previa.

Unos minutos después de salir del aeropuerto, el paisaje empieza a cambiar, y Leila ve destellos de la tierra prometida que rodea Tromsø. Y entonces, ahí, de repente, una montaña.

La niña trata de no abrir la boca. Nunca había visto una montaña en la vida real. Las que dejaron atrás en Damasco están tan enterradas en su memoria que ya no puede visualizarlas. Lo que más se le parece es Box Hill, donde hacían los cursillos de orientación en la naturaleza con el colegio. Pero esta mon-





taña es enorme, sube y sube y sigue subiendo a la orilla de la carretera, hasta tal altura que no puede ver la cima. La salpican casas y árboles que son especiales por el simple hecho de estar encaramados a una montaña.

No deja entrever que su corazón ha empezado a desbocarse y resiste el impulso de girarse en el asiento cuando el coche gira y comienza a adentrarse en la boca de un túnel enorme.

–Nos metemos bajo el agua. ¡Aguantad la respiración! –dice Liv, inflando las mejillas y frunciendo los labios como un pez. Leila compone una sonrisa suave–. A Britt le encantaba hacer eso, ¿verdad?

–Antes, sí –replica la chica. Cuando la luz naranja del túnel las baña a las tres, Leila le dirige otro vistazo por el espejo retrovisor. Sigue con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido. A Leila le da pena Liv, que es evidente que se está esforzando no solo con su hija, sino con la hija de su amiga.

Pero claro, Leila tiene experiencia con madres molestas, que te decepcionan, que no aparecen cuando es necesario y que no dicen lo que deberían. Así que también le da pena Britt.

El túnel sigue y sigue y el camino no se hace más corto en silencio. A Mona no le gustaría esto. Odia los espacios pequeños, oscuros y cualquier cosa bajo tierra. Va en autobús a todas partes, se niega a coger el metro a pesar de que es mucho más rápido. Leila no se mete con ella porque sabe que está relacionado con su ciudad de origen, Damasco, y con las cosas de las que no hablan, como refugios y huidas y el viaje a Inglaterra y el centro de detención. Mona lo recuerda todo, pero parece decidida a borrarlo de su lengua, aunque no pueda hacer lo mismo con su mente.

Más allá, aparece un punto de luz, y la carretera empieza a empinarse de una forma tan pronunciada que Leila siente el impulso de agacharse como si fuera a golpearse la cabeza con el techo del túnel. El punto se ensancha cada vez más, hasta que salen del túnel bajo la misma luz monótona. Los ojos de Leila se adaptan a ella.

–Bienvenida a Tromsø, llamada así por Tromsøya, que es el nombre de la isla en la que estamos –cuenta Liv–. Solo hay dos ciudades más grandes que ella tan al norte.

Liv pone el intermitente y el coche gira hacia una carretera que bordea el mar. Olvidándose de su intento de parecer guay, Leila se da la vuelta en su asiento. Están completamente rodeadas de montañas. En las cimas, antes de que las nubes las tapen, Leila ve la nieve, alargándose como riachuelos blancos ladera abajo. Es como el set de una película.

Siguen en el coche en silencio, dejan atrás modernos edificios de cemento, bordeando la curva natural de la ciudad isleña, y entonces, delante de ellas, se alza un enorme puente conformado mayormente de finos cables metálicos, como hilos que lo

sostienen. Se extiende a lo largo de la superficie del agua hasta un puñado de casas afianzadas en la cuenca de la garganta de más montañas. En el centro hay un edificio que se alza más que los otros, una composición de triángulos blancos. No se parece a ninguna estructura que Leila haya visto, es como muñecas rusas triangulares, una dentro de otra, con una fachada de cristal que refleja la luz tenue.

–La catedral del Ártico –dice Liv–. ¿A que es bonita? Hacen conciertos a medianoche durante todo el verano.

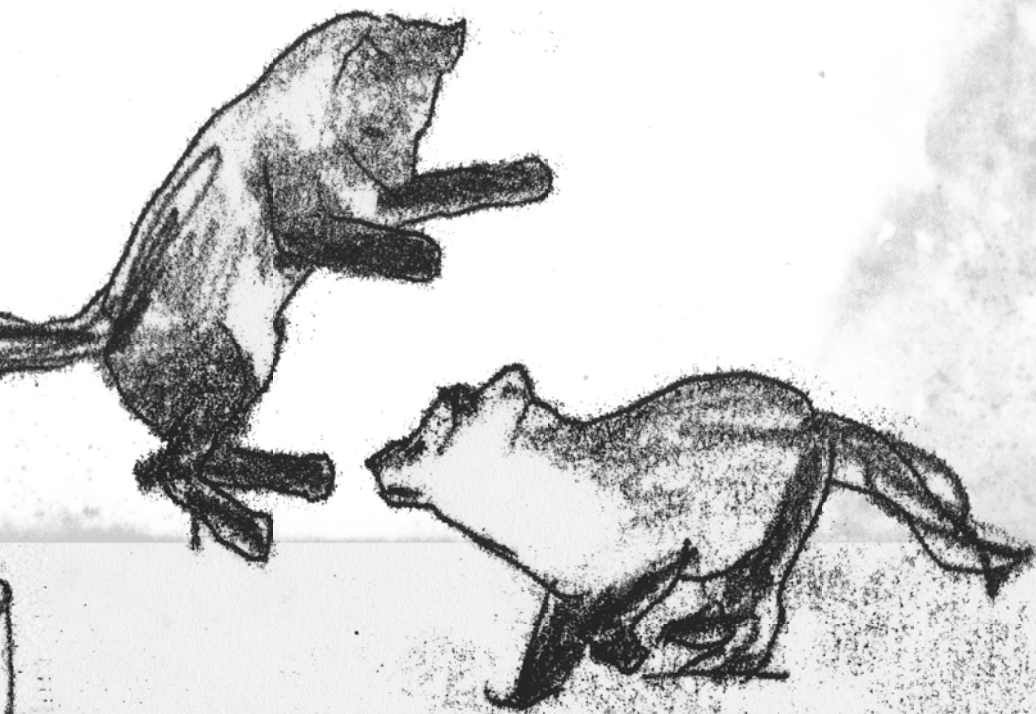
Leila sigue sin ser capaz de emitir sonido alguno. Sí que es preciosa. Parece sacada de un cuento, y se pregunta qué aspecto tendrá por dentro, si será como estar en un globo de nieve, con los copos en el exterior.

Leila reprime un bostezo. Sus ojos y su cerebro están sobrecargados por este sitio nuevo, se siente cansada por haberse levantado temprano, haber cogido el autobús y el metro hasta el aeropuerto y haber cargado con la maleta, con la ayuda de Mona, tantos escalones arriba y abajo. Además, la adrenalina del propio viaje, el corazón latiendo con fuerza cada vez que tenía que entregar su pasaporte o pasar junto a un agente blanco, a pesar de que había muchas caras como la suya a su alrededor. La decepción y la rabia de que su madre no hubiera venido a recogerla.

Estaba cansada, cansada hasta la médula. En ese momento lo único que necesitaba era su cama.



Este lugar, el lugar en el que empezamos y en el que ella nació, es rocas y mar. Aquí fue donde abrió los ojos cuando era una cría, arrebujándose y apretándose contra sus hermanos y hermanas en busca de calor. Jamás volverá a estar tan calentita como en aquel momento. Por entonces, era totalmente dependiente: seguía el aroma de la barriga de su madre para alimentarse y, después, el de su padre, cuando buscaban comida en la costa.





Los kilómetros no significan nada para la zorra azul. Lo único que sabe es que está exactamente donde debería estar. Despierta y empieza a caminar.

Mientras tanto, Leila se embarca en su propio viaje, en busca de la madre que creía haber perdido. Bajo la luz infinita de un verano en el Ártico, el mundo es vasto, salvaje y asombroso.

A través del hielo y del mar, las aventuras de la zorra azul y Leila dan comienzo...



Novela ganadora del Premio Wainwright 2023 de literatura infantil y juvenil.